

RAFAEL SÁNCHEZ MANTERO

MIRADAS SOBRE ESPAÑA
ESTUDIOS DE HISTORIA
CONTEMPORÁNEA



SECRETARIADO DE PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

SEVILLA 2013

Índice

Agradecimientos	11
Prefacio	13

Primera Parte. ESPAÑA Y AMÉRICA

Capítulo I.	La misión de John Jay en España (1779-1782)	21
Capítulo II.	La contribución española a la independencia de los Estados Unidos en la historiografía americana	53
Capítulo III.	Un cónsul norteamericano en la revolución gaditana de 1868	65
Capítulo IV.	Viajeros y diplomáticos en el reinado de Fernando VII. El descubrimiento de España por los americanos	71
Capítulo V.	El 98 y la imagen de España en los Estados Unidos	89

Segunda Parte. ESPAÑA Y FRANCIA

Capítulo VI.	Un documento francés para la España de Fernando VII: la <i>Mémoire</i> del Barón de Boisilecomte	103
Capítulo VII.	El clero español en la segunda restauración fernandina, según la memoria del diplomático francés Boisilecomte	113
Capítulo VIII.	España y la revolución de 1830	125
Capítulo IX.	París. El exilio liberal	139

Tercera Parte.
ESPAÑA Y GIBRALTAR

Capítulo X.	La cuestión de los límites fronterizos de Gibraltar en el siglo XIX	153
Capítulo XI.	El contrabando de Gibraltar en la primera mitad del siglo XIX	169
Capítulo XII.	La decadencia comercial de Cádiz y el síndrome de Gibraltar	189
Capítulo XIII.	Gibraltar y los viajeros románticos	197
Capítulo XIV.	Gibraltar, refugio de liberales exiliados	209
Capítulo XV.	Desde el otro lado de la verja	239

Prefacio

En este libro se reúnen una serie de ensayos que de algún modo jalonan mi dedicación a la Historia Contemporánea durante más de cuarenta años como investigador en diversos archivos de Europa y América y como curioso interesado en la imagen que España ha transmitido a otros países durante la última etapa de su pasado.

Los españoles somos muy sensibles a lo que los demás piensan de nosotros. Es cierto que a lo largo de la historia se ha cultivado mucho fuera de nuestras fronteras la imagen de un país como España en el que la intolerancia, la intransigencia, la cerrazón, el carácter rudo y primitivo, formaban parte sustancial del carácter de sus habitantes. Eso dio lugar en su momento a la formación de la Leyenda Negra, cuyo enorme peso hemos venido arrastrando durante siglos. Pero ¿qué gran nación no ha sido objeto de una leyenda negra? Los mismos Estados Unidos han sufrido y sufren una crítica permanente por parte de quienes consideran su situación hegemónica en el mundo como producto de su política imperialista y de su falta de escrúpulos en la defensa de sus intereses particulares. Existe también un estereotipo, con luces y sombras, del norteamericano, como lo existe del francés, del alemán o del italiano. Si bien es cierto que hoy todas las naciones se interesan por la imagen que proyectan hacia el exterior para tratar de mejorarla, sin embargo, no parece que a los norteamericanos o a los ciudadanos de cualquiera de estas naciones les provoque un especial desasosiego lo que los demás piensan de ellos como colectivo. Para los españoles, por el contrario, la imagen que proyectan hacia los demás se convierte con frecuencia en una obsesión. Pero es que además, la percepción por los españoles de esa imagen que se devuelve, influye en su propia actitud y en su propio comportamiento.

En efecto, la imagen de España de cara a exterior sigue formando parte hoy, al igual que ayer, de las preocupaciones de nuestros responsables políticos y de nuestros agentes económicos, pues de ella —se alega— depende nuestra credibilidad en el terreno de las relaciones con otros países y con otros mercados. El estudio de lo que ha sido esa imagen y el análisis de su evolución a lo largo del tiempo, ha de entrar también, por consiguiente, dentro del territorio de acción de los estudiosos de nuestro pasado, como lo es de

los gobiernos y de las instituciones encargadas de las relaciones con los demás países. Véase, si no, las acciones actualmente emprendidas en España en este sentido por el Instituto Cervantes, por el Real Instituto Elcano, o por el Ministerio de Asuntos Exteriores para promocionar la “marca España”.

A lo largo de la vida de un historiador se producen una serie circunstancias, algunas de ellas puramente casuales, que influyen considerablemente en la trayectoria que marca su labor investigadora en el curso de los años. El gran historiador británico Sir John H. Elliott ha contado en más de una ocasión cómo se interesó por los temas españoles de los Siglos de Oro cuando en un viaje de estudios a España visitó el museo del Prado y se sintió atraído por el retrato que realizó Velázquez del Conde Duque de Olivares. Su curiosidad por el personaje y el hecho de que no hubiese prácticamente ningún estudio sobre su figura y su época, le llevó por el camino de la investigación sobre los siglos XVI y XVII de la Historia de España. No es un caso único: otros estudiosos del pasado han derivado sus trabajos hacia terrenos de determinada especialización a causa de coincidencias que tienen escasa explicación racional. En mi caso, debo confesar que mi interés por la historia de España vista desde fuera tiene mucho que ver con el hecho circunstancial de haber recibido una beca de estudios para cursar un año de postgrado en la *Duke University* en los Estados Unidos de América. Esa estancia me ofreció la oportunidad de investigar sobre uno de los varios temas que ponían en relación la historia de los Estados Unidos con España, como era el del papel que la Monarquía de Carlos III había jugado en la independencia de las Trece colonias británicas en la parte norte del continente americano. Para llevar a cabo aquel estudio primerizo contaba en la universidad estadounidense con una colección de documentos impresos de la época que me permitían analizar, desde el punto de vista de los colonos rebeldes, la actitud española ante la Revolución americana y particularmente, las gestiones que el primer embajador en la Corte de Madrid, John Jay, llevó a cabo ante el Secretario de Estado, Conde de Floridablanca, para recabar la ayuda española. ¿Qué pensaban los norteamericanos insurrectos de España y de los españoles? ¿Cuál era su punto de vista sobre la actitud de nuestro país? La respuesta a aquellos interrogantes se tradujo en un trabajo acerca de la misión que Jay desarrolló en España entre 1779 y 1782 y acerca de las impresiones que éste obtuvo de su trato con algunos de los más destacados personajes de la política española de aquel tiempo.

Ese primer acercamiento, despertó mi curiosidad por conocer qué pensaban los “otros” de nuestra forma de ser, de nuestras costumbres, de nuestra historia, de nuestra cultura y de nuestra personalidad colectiva. Lo que dicen, lo que piensan los demás de nosotros conforma una imagen que no siempre responde o coincide con lo que nosotros pensamos de nosotros

mismos. La imagen de España en el exterior fue el objetivo de nuevas indagaciones que pude llevar a cabo también en otras excelentes bibliotecas universitarias de Estados Unidos. Así, sucesivas estancias como profesor invitado en *Northwestern University*, me permitieron analizar docenas de libros de viajeros norteamericanos que visitaron nuestro país en el curso del siglo XIX. También fueron consultados en esa y en otras bibliotecas estadounidenses, libros de texto, periódicos y otros documentos que de una u otra forma reflejaban su parecer y su idea de España. Los testimonios, las impresiones, los comentarios recogidos en estos textos, estaban destinados a transmitir una visión del país y de sus habitantes, que en la mayor parte de los casos dejaban una huella en sus lectores no exenta de prejuicios y de críticas que contribuyeron más que nada a acuñar un estereotipo cuya perdurabilidad ha llegado hasta nuestros días.

El interés por la mirada desde Francia, que dio lugar a los artículos reunidos en la segunda parte del libro, tuvo su origen en un estudio de historia comparada que inicié para llevar a cabo mi proyecto de tesis doctoral. El director de la tesis, mi maestro José Luis Comellas, había estudiado los primeros pronunciamientos liberales en la España de Fernando VII y había dejado en aire el interrogante de si aquellos movimientos eran un fenómeno exclusivo de España o si otros países del entorno europeo habían conocido también levantamientos de similares características en la etapa postnapoleónica. El hecho de estar familiarizado con la lengua francesa por haber estudiado todo el bachillerato en las Escuelas Francesas de mi ciudad natal y la concesión de una ayuda por parte del *Conseil National de la Recherche Scientifique* de aquel país, me llevaron a indagar en los archivos del otro lado de los Pirineos para tratar de constatar la hipótesis planteada por Comellas, lo cual dio como resultado la culminación de la investigación sobre *Las conspiraciones liberales en Francia y su relación con los pronunciamientos españoles* (Sevilla, Universidad, 1971). Pero sobre todo, aquella experiencia en los archivos franceses me descubrió la riqueza de la información que esos repositorios del país vecino contenían sobre el pasado español. De ahí surgieron otros trabajos en la misma línea que la que estaba llevando a cabo en América, trabajos alentados, sobre todo, por la documentación diplomática custodiada en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores del *Quai d'Orsay*, hoy trasladados a su nuevo y más moderno emplazamiento de la *Courneuve* en uno de los arrabales de París. Especialmente rico en este sentido fue el extenso y completísimo informe que el Encargado de Negocios de la Legación francesa en Madrid durante la última etapa del reinado de Fernando VII, Charles de Boislecomte, envió a su superiores en la capital de Francia sobre la situación social, política y económica en la que se encontraba España en aquellos momentos. Se trataba de una mirada rigurosa,